

Bastidores diplomáticos y fuerzas políticas: Santo Domingo en la política internacional (siglo XIX)

Almudena HERNÁNDEZ RUIGÓMEZ

Al perder los virreinos americanos, de forma definitiva en 1824, España mantuvo una política de desinterés hacia los territorios americanos que sólo puede calificarse de anacrónica, fácilmente observable en la tardanza con que firma con cada una de las repúblicas soberanas el respectivo tratado de reconocimiento, paz, amistad y comercio¹, provocando alejamiento, recíproca ignorancia y desconocimiento entre ambos escenarios políticos. El mutuo desencuentro empezó a solventarse cuando las Cortes españolas autorizaron, el 4 de diciembre de 1836, al Gobierno de S. M. a elevar los respectivos tratados «sobre la base del reconocimiento de la independencia, y la renuncia de todo derecho territorial o de soberanía por parte de la antigua Metrópoli, siempre que en lo demás juzgue el Gobierno que no se comprometen ni el honor ni los intereses nacionales»². Resulta paradójico que el primer país reconocido por el Gobierno español fue Brasil en 1834.

Inaugurada la andadura diplomática, a partir de la revolución de 1844 advertimos una mayor disposición de los gobiernos hispanos hacia aquellos antiguos dominios, a los que sin embargo la independencia no había traído la paz. No se trataba de restaurar la soberanía española en aquellas tierras, puesto que, agonizados los proyectos de reconquista pretendidos por Fernando VII, no

¹ Dichos tratados se suscribieron entre 1836, el relativo a México, y 1894, que correspondió a Honduras. Véase Almudena HERNÁNDEZ RUIGÓMEZ: «La reanudación de las relaciones con España», en *Historia de España Menéndez Pidal: La España de Fernando VII. La posición europea y la emancipación americana*, dirigida por José María Jover Zamora, XXXII-2, Madrid, Espasa Calpe, 2001, pp. 615-657.

² Jerónimo BÉCKER: *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX*, I. Madrid, Est. Tipográfico, 1924, pp. 791-792.

podríamos acusar a los políticos españoles de tal falta de visión política y de sentido de la realidad al concebir absurdos planes de restauración que pusieran en tela de juicio la propia política internacional, así como la de aquellos países occidentales que ya habían materializado su respectivo reconocimiento de las soberanías hispanoamericanas.

Es particularmente el mandato de Leopoldo O'Donnell el que, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, impone un cariz personal, más preocupado porque España retomara el prestigio que el país había alcanzado en otros tiempos en el exterior, del que se obtuvo más gloria que provecho. El régimen moderado de la Unión Liberal (1858-1863) emprendió una serie de campañas de propaganda patriótica que se llevaron a cabo a través de expediciones militares³, tales como la conquista hispano-francesa de Indochina (1857-1863), la Guerra de Marruecos (1859-1860) o la Guerra del Pacífico contra Perú y Chile (1863-1866), que no hicieron sino poner de relieve la decadencia y la falta de grandeza de los ideales internos y externos españoles.

La España de Isabel II poseía un extenso, aunque alejado y disperso, imperio colonial⁴ que tenía en el Caribe su epicentro, encarnando en Cuba y Puerto Rico una política patriótica y sentimental que la distanciaba extraordinariamente de la dirección que otras potencias occidentales emprendían hacia sus colonias, pero que demostraba aún la sensibilidad americanista que la metrópoli impulsaba hacia el ámbito americano. La política exterior hacia el Nuevo Mundo quedaba condicionada por dos aspectos principales: en primer lugar, la rivalidad anglo-francesa y el interés que ambas potencias desarrollan en aras a mantener el *statu quo* en el área del Caribe; en segundo lugar, la presión estadounidense en el Caribe que, aunque frenada durante los años que duró la Guerra de Secesión (1861-1865), planteará el gravísimo problema de la garantía europea sobre los dominios antillanos españoles. A partir de 1844, coincidiendo con el mandato de O'Donnell como capitán general de Cuba, la paz empezó a turbarse y, aunque no podríamos hablar aún de una génesis separatista, advertimos

³ «La multiplicada de estas intervenciones o expediciones militares, llevadas a cabo principalmente durante el periodo de "Unión Liberal" (1858-1863), es lo que confiere a la España isabelina... esa superficial brillantez que enmascara... la ausencia de una política exterior», José María JOVER ZAMORA: *España en la política internacional. Siglos XVIII-XX*, Madrid, Marcial Pons, 1999, p. 143.

⁴ Los más alejados de la metrópoli, situados en el Extremo Oriente y en los archipiélagos de Filipinas, Carolinas y Marianas, merecieron una atención muy especial de los gobernantes españoles del siglo XIX debido a la presión que las potencias europeas estaban imprimiendo a aquella región comercial y estratégica.

que la anexión de Santo Domingo influyó en el nacimiento de un germen secesionista.

La evolución política contemporánea de la República Dominicana tuvo ciertamente muchos altibajos, sin duda provocados por la situación geográfica que ocupa en el entorno caribeño y, especialmente, por las apetencias extranjeras que el control del comercio regional despierta entre los países occidentales y circunvecinos. Sin duda, la evolución dominicana contrasta en el siglo XIX con el progreso de Cuba y Puerto Rico, siendo de ruina y relativa violencia, además de estar marcada intensamente por la proximidad de los vecinos galos. La escasa población —fomentada primero con inmigrantes canarios y después con negros y mulatos que en su mayoría procedían de Haití— y la modesta economía —a través de la ganadería de tipo extensivo— eran los principales resortes económicos de la isla. Hatos de ganado, tabaco para la exportación y algunos cultivos de caña, actividades económicas de mayor énfasis, producían lo justo para el consumo interior. En definitiva, «riqueza escasa pero repartida y población esclava poco numerosa hicieron del Santo Domingo dieciochesco un país de vida fácil, donde se trabajó, sin prisas, para vivir, pero nadie vivió para trabajar»⁵.

El primero y más serio inconveniente se produjo como consecuencia de la tensión atlántica que Francia y Gran Bretaña protagonizaron durante todo el siglo XVIII y que en este caso culminó con la firma del Tratado de Basilea (1795), por medio del cual se cedió Santo Domingo a Francia, que ya poseía la zona occidental desde el Tratado de Ryswick de 1697. Los intereses franceses e ingleses sobre el Haití insular, junto con las revueltas de mulatos negros, provocaron condiciones similares a una guerra civil que se complicó sobremanera con la situación de la Francia revolucionaria. Aunque separada de hecho de su metrópoli española, Santo Domingo no estuvo sometido a Francia de modo efectivo⁶ y los dominicanos, que se sentían españoles por encima de todo, jamás aceptaron la decisión diplomática. En 1801, y más tarde en 1805, la capital fue invadida por los haitianos, provocando no sólo el caos, sino la destrucción de cultivos y ganado, en la que se vieron envueltos franceses e ingleses, sin importarles la situación en que estaban los isleños. La reconquista emprendida contra

⁵ Guillermo CÉSPEDES DEL CASTILLO: «América Hispánica (1492-1898)», en *Historia de España VI*, dirigida por Manuel Tuñón de Lara, Barcelona, Labor, 1986, p. 469.

⁶ BÉCKER: *op. cit.*, II, p. 546.

los franceses en 1808 coincidió con la lucha que la España peninsular promovía contra sus invasores y, llevada a cabo por Juan Sánchez Ramírez, proclamó la soberanía española y el retorno a la Monarquía⁷. Llegó la paz, pero continuó la ruina y sobre todo la desunión de la población, que empezó a debatirse entre partidarios de mantener la legitimidad española, los que se decantaban por la anexión a la Gran Colombia o, incluso, los que abogaban por la propuesta haitiana, que eran los menos.

En 1821 José Núñez de Cáceres sublevó la isla aprovechando una nueva invasión haitiana, arrió la bandera española y proclamó la independencia, llamada efímera por el control que sobre el conjunto del territorio insular implantó inmediatamente después Boyer, presidente de la República de Haití, sin conseguir la asimilación y agravando la ruina de la antigua región española. Veintidós años duró la dependencia hacia la república negra, hasta que los dominicanos, dirigidos por Pedro Santana, se levantaron en armas en 1844, muy a pesar de las intrigas promovidas por los franceses⁸, siendo justamente el año en que se inician las primeras conversaciones anexionistas con el Gobierno español.

España, que hasta el momento no había reconocido la independencia de Santo Domingo, empezó a recibir originales ofertas por parte de los dominicanos para integrar la isla a la soberanía española en forma de protectorado. El Gobierno español mantiene una actitud un tanto ambigua, difícil de catalogar de forma positiva o negativa sobre el ofrecimiento, pero abre una serie de comunicaciones o «conversaciones» para conocer la opinión de los sectores más afectados por la posible incorporación. A través de Martínez de la Rosa, a la sazón ministro de Marina, Comercio y Gobernación, se demanda a los capitanes generales de Cuba y Puerto Rico su opinión sobre cómo podría influir en las Antillas la propuesta, respondiéndose que la oferta se recibiría «con entusiasmo»⁹. Aunque el Gobierno y el Congreso españoles no tuvieron necesidad de definir su postura en este asunto —puesto que España no tenía posibilidades ni interés

⁷ La Península, no obstante, ocupada por las tropas francesas y arruinada por los seis años de lucha, no puede dar a La Española la protección que demanda, lo que provocará un amargo desenlace.

⁸ Quienes «trataron de impedir que la población dominicana realizase sus deseos uniéndose de nuevo a España, y aun proyectaron obtener ventajas que asegurasen su influencia en el Golfo mexicano», BÉCKER: *op. cit.*, II, p. 549.

⁹ Manuela MORÁN RUBIO: *La anexión de Santo Domingo a España (1861-1865)*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1973, p. 13. Tesis Doctoral dirigida por Manuel Ballesteros Gaibrois.

en comprometerse con una causa a la que económicamente no podía hacer frente—, sí se advierte un relativo titubeo al apuntarse que se hace «necesario proceder en la materia con el mayor pulso y detenimiento, recogiendo entretanto cuantos datos y noticias sea posible, y esperando a que el tiempo y las circunstancias indiquen el partido que deba adoptarse»¹⁰.

¿Qué preocupaba realmente al Gobierno español? ¿Qué circunstancias dificultaban realmente la adopción de una postura oficial? Sin duda, la cuestión internacional y especialmente la actitud de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos respecto a la incorporación de Santo Domingo, pues cualquier distensión en sus políticas coloniales podría poner en peligro la estabilidad de Cuba y Puerto Rico y, en ese caso, España retrasaría, impediría o truncaría cualquier decisión que hiciera tambalear su *statu quo* en el Caribe¹¹. No cabe otro pensamiento que el temor a que una de estas potencias interfiera en el desarrollo de la política emprendida por la Monarquía isabelina hacia la América ultramarina.

Sea de un modelo u otro, lo cierto es que la podríamos llamar «cuestión dominicana» se alargaría en extremo a lo largo de casi veinte años, siendo la inestabilidad política de la Península y la progresiva sucesión de ministerios y gobiernos que bañaron el XIX español, así como la ausencia de una política exterior clara, serena y definida, las responsables, en última instancia, de la tardanza en tomar una postura ante la problemática planteada desde el otro lado del Atlántico. Santo Domingo, aunque independiente, se mantiene en constante alerta por las acciones y presiones que desde Haití se emprenden, con el consabido temor a ser nuevamente invadidos o anexionados al antiguo territorio francés, que era ciertamente la principal preocupación de los dominicanos. Una delegación dominicana¹² se instala en Madrid entre septiembre de 1846 y diciembre de 1847 para gestionar la anexión, sin conseguir ser reci-

¹⁰ Despacho del Ministerio de Estado al representante de Su Majestad en Washington, de 26 de marzo de 1845.

¹¹ En la década de los cuarenta, Estados Unidos emprende una campaña especialmente activa para promover la anexión de Cuba, que se vería frenada en 1861 por el brote de la Guerra de Secesión, cuestión estudiada en Almudena HERNÁNDEZ RUIGÓMEZ: «Pretensiones anexionistas de Estados Unidos sobre la Isla de Cuba (1848-1861)», ponencia dictada en las *XIII Jornadas Nacionales de Historia Militar: La Era Isabelina y la Revolución (1843-1875)*, Sevilla, 13-17 de noviembre de 2006 (e.p.).

¹² Formada por José María Medrano, Juan Esteban Aybar y Buenaventura Báez, que, al retirarse de suelo español, advirtieron de la necesidad de buscar apoyos fuera de los puramente hispanos a fin de evitar las presiones haitianas.

bidos tan siquiera para presentar sus credenciales, lo que pone de manifiesto el «desinterés» o sigilo con que España desarrolla su política hacia un territorio por el que Estados Unidos empezaba a manifestar sus pretensiones. La ascensión del emperador haitiano Faustin Soulouque (Faustin I) y sus ambiciones expansivas en 1849 pusieron en alerta la política del presidente Santana, que, sabiendo que España no quería o no podía plantearse la anexión, decidió entablar conversaciones con Estados Unidos a fin de que se le ofreciera la protección de este país, lo cual podía resultar de infortunadas consecuencias para las Antillas españolas.

Ya no se podía mirar con indiferencia la cuestión dominicana; tanto si esta pasaba a manos de los negros haitianos como de los estadounidenses, el peligro sobre Cuba —y, por tanto, sobre Puerto Rico— se convertía en más que probable. Estados Unidos había establecido un nuevo objetivo comercial en la bahía de Samaná, empezando a temerse la posibilidad de que colonizase la Isla con población estadounidense y, siguiendo el modelo de Texas, hacerse más tarde con la posesión efectiva —y, en consecuencia, con la soberanía— de Santo Domingo. Esto no pasó inadvertido para España y, aprovechando el envío de otra delegación dominicana al mando de Ramón Mella, comenzaría a negociarse desde otra perspectiva.

Mella llegó a España en 1853 y se entrevistó con el ministro de Estado Ángel Calderón de la Barca en febrero de 1854. La oferta dominicana proponía la petición del protectorado o el reconocimiento de la independencia, pero el ministro español rechazó la fórmula del protectorado «por la dificultad de ejercerlo y los gastos y los seguros compromisos que le originaría»¹³. La presencia de la fragata de guerra norteamericana *Columbia* en aguas dominicanas, a bordo de la cual el general Cacenan llevaba plenos poderes para pactar con el Gobierno de aquel país un tratado con el se pretextaban ventajosas garantías para el comercio recíproco, incluyendo un anexo que entrañaba la cesión de la bahía de Samaná a Estados Unidos, provocó un giro significativo de la política española. El agente secreto español —Juan Abril—, con el apoyo eficaz del francés y algo menor del inglés, consiguió que la Asamblea dominicana no aprobara la ratificación del acuerdo, lo cual no puede verse sino como un triunfo de la «diplomacia» española. Al Gobierno español no le quedaba más remedio que bajar a favor del reconocimiento de la independencia y, en efecto, el 18 de fe-

¹³ BÉCKER: *op. cit.*, II, p. 558.

brero de 1855 se firmó un tratado de reconocimiento, paz, amistad, comercio, navegación y extradición, sustancialmente diferente a los hasta ese momento suscritos debido a la coyuntura de la Isla y el interés estadounidense por la zona¹⁴.

Tras la invasión del emperador de Haití Soulouqué del territorio de Santo Domingo en 1858 y el aumentar las presiones de Estados Unidos por conseguir la península de Samaná, Santana intenta a la desesperada el apoyo español en forma de anexión del territorio a la soberanía española¹⁵, enviando al general Alfau con instrucciones para firmar un tratado de alianza. La respuesta española se materializó en ayuda económica y humana, para emprender la defensa de la isla¹⁶, lo cual no terminó de satisfacer a los partidarios de Santana, únicamente decididos a que España incorporara Santo Domingo, por lo que se abrió otra vía política, esta vez poniéndose en contacto con el capitán general de Cuba, general Serrano, y a través de él presionar al Gobierno español, sabedores del peso político del militar y de la importancia que Cuba tenía para la coyuntura nacional e internacional.

Serrano se limitó a informar al Gobierno, pero mostrándose partidario de la anexión, quizá temiendo las intrigas estadounidenses por hacerse con el control de Cuba y de ciertas explotaciones comerciales dominicanas. El sentir político español, que se había proclamado dispuesto a continuar «prestando su protección a esta República», empezaba a considerarse a favor de la petición de anexión, influido ante todo por las presiones de Estados Unidos. En tales términos se expresó O'Donnell en una comunicación a Serrano del 8 de diciembre de 1860, en la que se afirma que aunque no eran el momento más adecuado «para que la Nación española tome sobre sí la grave responsabilidad de aceptar la incorporación a sus dominios del territorio que hoy constituye la República Dominicana... la situación especial de ese territorio, el modo tranquilo con que allí se

¹⁴ Tratado que quedaría en suspensión seis años después debido a la anexión de Santo Domingo a España, Almudena HERNÁNDEZ RUIGÓMEZ: «La reanudación de las relaciones...», *op. cit.*, p. 648.

¹⁵ «Nuestra antigua madre la España, nación cristiana y generosa, y que conserva dos hermosas prendas en estos mares, Cuba y Puerto Rico, ¿permitirá que los dominicanos, aunque bravos, como descendientes que son de la raza de Pelayo, se lancen solos en una lucha sangrienta, pero gloriosa, para rechazar la profana presencia del haitiano que los invade y les disputa la integridad de su territorio?». Nota del ministro de Relaciones Exteriores de Santo Domingo al Ministerio de Estado, de 21 de octubre de 1858.

¹⁶ «Armamento para defensa y el envío de algunos oficiales para la organización de su defensa», MORÁN RUBIO: *op. cit.*, p. 16.

verificó la independencia, las pruebas de amistad que en todas ocasiones ha dado a la metrópoli, no podían pasar desapercibidas en la península..., por lo que conviene examinar muy detenidamente todas las razones que lidian en pro y en contra en una cuestión de tanta gravedad»¹⁷.

La política de O'Donnell respecto a Santo Domingo no deja lugar a dudas sobre la cautela que su Gobierno imprime a la cuestión. Sin duda, España no estaba interesada en la anexión de la República, pues ante todo prevalecían los intereses españoles de Cuba y Puerto Rico, tanto los nacionales como los particulares. Su prudencia deja constancia de que la incorporación no se rechaza de plano, si no que el tiempo indicaría cuáles eran las pautas para emprender una política lo más acertada posible. Qué duda cabe de que se tantean las posibles reacciones internacionales, tanto de Estados Unidos como de Francia e Inglaterra, al tiempo que se conjetura que una decisión a favor de lo pretendido por Santana no sería bien entendida por el resto de los países hispanoamericanos. Aunque «la cuestión de tiempo es por lo tanto de inmensa trascendencia para España»¹⁸, se sondea la posibilidad de aceptar la propuesta dominicana, siendo «condición indispensable para llevarla a cabo que el acto deba ser y parecer completamente espontáneo, para dejar a salvo la responsabilidad moral de la España... Resumiendo: es la voluntad de la Reina, de acuerdo con el parecer de su Consejo de Ministros, que V. E. manifieste al Gobierno de Santo Domingo la satisfacción con que mira sus deseos de volver a formar parte de esta Monarquía; que conviene aplazarlos, sin embargo, en interés de tan noble empresa por el término, al menos, de un año, tiempo suficiente para que el Gobierno pueda prepararse para todas las eventualidades; y que sólo faltaría a su propósito de diferir la realización del proyecto con que se le brinda, en el caso extremo, antes expresado, de que los Estados Unidos intentaran apoderarse a viva fuerza de alguna parte del territorio de la República»¹⁹.

La clase política peninsular y la prensa nacional se mostraban plenamente a favor de la incorporación de la Isla, pero no por ello escatimamos alabanzas al Gobierno de O'Donnell por la prudencia, calma y sosiego con que se estu-

¹⁷ Instrucciones del Gobierno español al capitán general de Cuba. Madrid, 8 de diciembre de 1860. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Dominicana, Legajo 2.375. También en: Archivo de las Cortes Españolas, Ministerio de Estado, nº 91.

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ *Ibid.*

diaban las obligaciones que ello encarnaría. Las razones de dicha postura, no obstante, se venían sopesando desde hacía mucho tiempo, quizá nunca de forma tan manifiesta como hasta ahora, pero sin duda auténtica. La lectura que se hizo desde Santo Domingo del último comunicado a Serrano urgía una acción más inmediata y directa; por eso, sin encomendarse a nadie el 18 de marzo de 1861 Santana, al grito de *¡viva Isabel III!*, izó la bandera española en la Torre del Homenaje y proclamó la soberanía española²⁰. Desde la Habana, el general Serrano apoyó la proclamación, secundándola con refuerzos defensivos militares y navales hasta que el Gobierno de Madrid decidiera otra cosa.

España no había alentado la anexión, ni había participado activamente en ella, si bien había abierto la puerta para que dicha posibilidad pudiera hacerse efectiva, lo que se demuestra en la comunicación que se le envía a Serrano, en el sentido de que comprobase que dicho pronunciamiento se había hecho con el más absoluto respeto a la libertad; si ello se demostraba, no se pondría obstáculo alguno a la decisión dominicana y se haría firme y definitiva²¹. Sin embargo, hasta el día de hoy desconocemos con detalle el papel que el general español desempeñó en el suceso, pues resulta a todas luces imposible creer que Santana declarara la incorporación de su país a la soberanía de otro sin el debido consentimiento o el apoyo particular del exterior. Ambos —Serrano y Santana— serían ennoblecidos con sendos títulos nobiliarios.

Santana dirigió una carta a la Reina participándola del movimiento, en la que el general expresa el sentir unánime del pueblo dominicano. Finalmente, el Real Decreto de 19 de mayo de 1861 declaró reincorporado a España el territorio que constituía la República dominicana.

La anexión se mantuvo hasta el 30 de abril de 1865 y, sin embargo, no resultó positiva para ninguna de las partes debido a un cúmulo de razones de entre las cuales no podríamos significar una sola, pero sí queremos destacar entre las más importantes las enumeradas a continuación:

²⁰ «La audacia del general dominicano atenúa considerablemente la responsabilidad del gabinete O'Donnell y agrava, en cambio, la del hombre que ostenta la máxima autoridad en las Antillas: el general Serrano», Esteban de la PUENETE GARCÍA: «1861-1865. Anexión y abandono de Santo Domingo. Problemas críticos», *Revista de Indias*, n.º 89-90 (julio-diciembre), Madrid, 1962, p. 446.

²¹ Instrucciones del presidente del Consejo de Ministros al general Serrano, capitán general de Cuba. Madrid, 24 de abril de 1861. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Dominicana, Legajo 2.375.

- 1º La propuesta anexionista provenía de un solo hombre —el general Santana— y de sus partidarios, lo cual puede entenderse desde el primer momento como un obstáculo insalvable al que debía enfrentarse el Gobierno español, muy a su pesar, pues entre las recomendaciones a Serrano se hallaba precisamente la de tener constancia de la unanimidad y del sentir general y espontáneo de los dominicanos. En consecuencia, la propuesta de Santana fue unívoca y jamás debe entenderse como un proyecto nacional, sino como la obra de un partido. Ello favorece la consideración de que fuera una empresa que naciera muerta.
- 2º La situación interna de la propia Isla debía ser garantizada por efectivos militares españoles. Aun ignorando las tensiones inducidas desde la zona haitiana, los enfrentamientos internos entre santanistas y baezistas se recrudecieron durante la etapa española, obligando a las fuerzas españolas destacadas a intervenir, y España no disponía de fuerzas navales y terrestres suficientes para centrarlas con preferencia en Santo Domingo. La anexión de Santo Domingo «era un camino recto hacia el suicidio de nuestra política exterior sin el respaldo de una Armada potente y eficaz»²².
- 3º La propia situación nacional y especialmente la alternativa de ministros de Estado que durante el periodo anexionista se vivió en la Península. El Gobierno de Leopoldo O'Donnell cae en marzo de 1863, sucediéndole el marqués de Miraflores; el 18 de enero de 1864 cae Miraflores y Arrazola es encargado de formar Gobierno, pero después de mes y medio en el poder es sucedido por Alejandro Mon que, en los pocos meses que le restaban a la anexión y la realidad inestable dominicana, poco podía hacer por emprender una política de Estado coherente, capaz de abordar la cuestión.
- 4º Por último, las posturas internacionales, entre las cuales observamos que los gobiernos francés e inglés no pusieron obstáculos a la adhesión dominicana, constatando además una cierta condescendencia, como en el caso concreto de Gran Bretaña, que siempre prefirió que estas posesiones ultramarinas quedaran en manos de otras potencias antes que de Estados Unidos, que se encontraba en pleno auge expansionista desde me-

²² PUENTE GARCÍA: *op. cit.*, p. 449.

diados del siglo. No obstante, el Gobierno estadounidense dejó constancia de una considerable impotencia al no poder frenar la anexión, pues el enfrentamiento armado entre el Norte y el Sur coincidió en el tiempo. Aun así, la protesta se materializó a nivel diplomático ante el Gabinete de O'Donnell. Conscientes de su incapacidad para desviar efectivos militares hacia la zona, cualquier acción quedó paralizada por la guerra civil. Ello no les impidió firmar un tratado de amistad con el Gobierno haitiano en 1863, en el que se deja entrever la ayuda incondicional al movimiento de independencia de Santo Domingo. La alianza con los haitianos, en plena guerra y con la esclavitud ya abolida, fue un instrumento de valor incalculable, pues ello atraería a su entorno a las gentes de color del Caribe. En fin, Estados Unidos a pesar de su compromiso interno intervino en la cuestión de la anexión de Santo Domingo y, aunque ello merecería un estudio aparte, no omitir que el interés norteamericano superara las acciones que aparentemente no le correspondían.

El sentimiento que la anexión produjo en la Península debe valorarse como una fórmula de prestigio recuperado: la España que había sido y ya no era. En 1865 el Gobierno de Madrid abandona definitivamente la aventura dominicana, con el agridulce sabor que deja la incapacidad de no haber podido afrontar una nueva coyuntura política y la prudencia de que Estados Unidos —concluida la guerra civil en el mismo año— interviniera en el área. Que la «Monarquía española dejase el que fue su primer establecimiento en el Nuevo Mundo, y con él a los dominicanos que confiaron en ella y en su ayuda, tenía mucho de trágica premonición»²³. Sirvan estas palabras del profesor Céspedes del Castillo como homenaje al maestro recientemente desaparecido, por el magisterio, erudición y sabiduría transmitidos a sus alumnos.

²³ CÉSPEDES DEL CASTILLO: *op. cit.*, p. 471.